

ra noticia que recibió el monarca sobre que habia indicios de desorden, se volvió precipitadamente á Versalles, donde se encontró con que todo presentaba el mas horrible aspecto que pueden manifestar las revoluciones. Las balustradas que daban frente al pátio del palacio, estaban cerradas, y se veian formados al otro lado el regimiento de Flandes, la guardia de corps y la nacional de Versalles, contemplando á la muchedumbre, y por defuera se observaba una inmensa turba de hombres armados, de guardias nacionales y mugeres frenéticas, dando voces sediciosas y pidiendo pan á grito herido. El feroz mirar de los sediciosos, el aspecto siniestro de sus semblantes y sus brazos levantados, demasiado manifestaban la malignidad de sus intenciones. Ningun paso se dió para poner á las personas reales en seguridad, y aunque se hallaban en Ruel y Courbevoie las guardias suizas, no se dictó medida alguna á fin de que se trasladasen al lugar del peligro. El conde de Estaing, que mandaba en gefe las tropas, parecia haber perdido aquella entereza que habia mostrado en éj o'as anteriores, y que ostentó mas adelante en el cadalso (1).

Se dirige á Versalles la plebe.

Y rodea el palacio.

aunque se hallaban en Ruel y Courbevoie las guardias suizas, no se dictó medida alguna á fin de que se trasladasen al lugar del peligro. El conde de Estaing, que mandaba en gefe las tropas, parecia haber perdido aquella entereza que habia mostrado en éj o'as anteriores, y que ostentó mas adelante en el cadalso (1).

No tardó la muchedumbre en invadir el salon que ocupaba la Asamblea, y aquel Augusto cuerpo se vió ultrajado por primera vez, por las mismas

(1) Mig., I, 91. Th., I, 108, 172. Lac., VII, 192, 204, 205.

pasiones populares que fermentaba. Por espacio de mas de una hora estuvo espuesto á las injurias de la insolente plebe que se posesionó de los asientos, amenazó á algunos de los representantes con que los escarmentaria, é impuso silencio á otros. "No perdais tiempo, esclamaban, en satisfacernos, ó de lo contrario pronto empezará á correr sangre." Maillard, orador de los sediciosos, denunció sin embozo á Mounier, á Clermont-Tonnerre y á los valientes diputados que habian puesto en claro los designios de la faccion del duque de Orleans. Hallábase reunido en la galeria un numeroso concurso de vendedoras de pescado, presididas por una marimacho que con estentórea voz llamaba con familiaridad á los diputados por sus nombres, y que insistia en que el favorito Mirabeau tomase la palabra [1].

En medio de la confusion que reinaba por fuera, un oficial de la guardia dió un golpe con su espada á un soldado parisiense, quien inmediatamente le disparó su fusil; desde luego hicieron las guardias una descarga general que produjo gran consternacion: pero poco ó ningun daño. La guardia nacional de Versalles, auxiliada por la muchedumbre, los fué siguiendo hasta sus cuarteles, á donde se les habia mandado retirarse, forzó las puertas, se tomó lo que habia en las cuadras, y lastimó á varios. Estaba consternada la corte, y se hallaban ya puestos en los coches los tiros para que se pusiesen en salvo

(1) Dumont, 181, 182. Lac., VII, 208. Toul, I, 135.

las personas reales, cuando el monarca, temiendo que si se ausentaba inmediatamente, sería nombrado el duque de Orleans teniente general del reino, se negó á variar de residencia. No tardó la plebe en penetrar hasta las habitaciones de la real familia, lo cual la fué fácil, porque se habia prohibido á las guardias que se la hiciese oposicion alguna, y fué acogida por el rey con tal benevolencia y dignidad, que olvidó el objeto que traia, y se separó del soberano á los gritos de *viva el rey!* Una fuerte lluvia que comenzó á caer en la noche, mitigó la efervescencia de la muchedumbre, y la llegada de La Fayette con la guardia nacional de Paris, restableció un tanto el orden á las inmediaciones del palacio [1].

Durante estos tumultos, hallábase entregado el rey á la mas cruel incertidumbre. Suplicábale con instancia Mounier, que se sobrepusiese á sus escrúpulos y admitiese los artículos de la constitucion, tal cual los habia propuesto la Asamblea; aconsejábale la reina que obrase con energía y defendiese su reino. Dos carruages, del todo listos, se conservaban en espera á la á la puerta del naranjal, pero los descubrió la plebe, y se concertó para impedir su marcha. El rey dió orden al conde de Estaing que dispersase á la turba que se habia reunido en aquel punto, pero éste se negó alegando que era imposible; el rey instó á la reina á que se salvase lle-

(1) Memorias de Luis XVIII, IV, 382. Toul., I, 136, 137. Mig., I, 92.

vándose consigo á la familia, pero ella contestó con resolucion, que no habia consideracion que la indugese á separarse de su marido en circunstancias tan extremas. "Sé muy bien que quieren mi vida;" añadió; "pero soy hija de María Teresa, y se me ha enseñado á desdeñar la muerte." Fluctuando el rey entre tantos motivos de angustia, resolvió al fin ceder, y de consiguiente autorizó á Mounier para que pusiese en conocimiento de la Asamblea, que admitia sin condicion alguna los diez y nueve artículos de la constitucion, y tambien la declaracion de los derechos del hombre [1].

Pero habian llegado las cosas al extremo de que ya no podian producir efecto alguno estas concesiones. Una multitud de mugeres ébrias se precipitó al salon de la Asamblea, muchas se acostaron en los asientos, y hubo una de aquellas amazonas tan descarada, que ocupó el sillón del presidente, y se puso á tocar con irrision su campanilla. En vano hicieron los mayores esfuerzos los representantes para que se restableciese el orden; interrumpíanse incesantemente sus debates por los clamores de "¡Pan! ¡pan!" y solo Mirabeau pudo lograr imponer silencio, para que se siguiese la discusion que nada menos era relativa á los medios que se emplearian para proveer á la subsistencia del pueblo. A las tres de la mañana levantó su sesion la asamblea, y quedó el salon en plena posesion de aquellos tercios invasores (2).

(1) Lac. VII, 215, 216, 219. Th., I, 176.

(2) Toul., 159.

La Fayette tuvo una conferencia con la real familia, y le respondió por la seguridad del palacio. Agregó que estaba tan íntimamente convencido de las buenas disposiciones de su ejército; y que tenía tanta confianza en que se conservaría sin alteracion la tranquilidad pública, que había resuelto retirarse á tomar descanso. Creídos en estas protestas, disolviéronse los miembros de la Asamblea, y se retiraron á sus respectivas moradas; y el rey y la reina, agobiados de fatiga, se recogieron. Los puntos de afuera estaban confiados á las tropas de La Fayette, y guardaba todavia los de dentro la guardia de corps del monarca [1]. La Fayette, desgraciadamente para su reputacion y para el honor de la Francia, hizo lo que los demás; se retiró á pasar el resto de la noche á un castillo que estaba á cierta distancia del palacio, donde poco despues se entregó al sueño [2].

Nada ocurrió desde las tres hasta las cinco de la mañana, que alterase la tranquilidad pública; pero el aspecto del populacho presagiaba una próxima tormenta. Numerosos grupos de hombres feroces y de mugeres ébrias, se veian sentados en derredor de las fogatas que se habian encendido en las calles de Versailles, y para distraer el fastidio que causa una noche lluviosa, se entretenian en cantar canciones revolucionarias. En uno de aquellos corrillos era la exas-

(1) Th., I, 178.

(2) Riv., 300. Mig., I, 93.

përacion tal, que sentados los que lo formaban sobre el cadáver de un guardia de corps, devoraban su caballo medio asado al calor de las llamas, entre tanto que unos cuantos de aquellos frenéticos canibales bailaban en torno del grupo. Todo anunciaba que estaban decididos á saciar su sed de sangre en la primera carnicería que se les presentase. A las seis rodeó el cuartel de las guardias de corps una furiosa muchedumbre, rompió las puertas y acosó á los prófugos habitantes hasta las puertas del palacio, donde cayeron quince en manos de la plebe, y fueron inmediatamente condenados á muerte. Al mismo tiempo otra masa del pueblo circundó las entradas del palacio, y habiendo encontrado una puerta abierta, se arrojó á ella, y no tardó en inundar las escaleras y los vestíbulos que conducian á las viviendas que ocupaban las personas reales. Dos de los guardias de corps se apostaron á la subida de la escalera, la defendieron con heroismo, y por medio de sus esfuerzos dieron tiempo á la reina para que se refugiase en la vivienda del rey. Llegaron los asesinos á su cuarto pocos minutos despues que habia salido de él, y furiosos de que se les hubiese escapado la víctima, atravesaron con sus bayonetas su lecho [1]. Todo el interior del palacio escudriñó aquella feroz muchedumbre, y el esplendor de tantos siglos se desplegó re-

(1) Mig., I, 93. Lac., VII, 217, 232, 233. Th., I, 180. Riv., 305, 313.

pentinamente á los ojos vulgares de los individuos mas viles del pueblo.

Apparet domus intus, et atria longa patescunt:
Apparent Priami et veterum penetralia regum:
Armatusque vident stantes in limine primo.

A no ser por la intrépida resistencia que hicieron los guardias de corps y los esfuerzos que impidió el marques de Vandreuil que logró reanimar en las guardias francesas un resto de la antigua lealtad, habrían sucumbido el rey y su familia bajo la cuchilla de los asesinos. Arrastraron á los cadáveres de dos de los guardias de corps que habian sido asesinados al pié de las ventanas del rey, los degollaron, y pasearon en triunfo en las puntas de sus picas las ensangrentadas cabezas por todo Versalles [1].

Desde el principio del tumulto, el general La Fayette, que por haberse desgraciadamente apartado del lugar del peligro, habia ocasionado tan funestos sucesos, montó precipitadamente á caballo, y voló al teatro del desórden. Dirigió una arenga patética á los granaderos de la guardia, y logró decidirlos á defender á los soldados presos. De este modo se libertaron los quince prisioneros de la muerte que les amagaba; y acabaron de quedar fuera de todo riesgo, cuando el rey en persona se presentó á una de sus venta-

(1) Lac., VII, 234, 237. Riv., 307. Mign., I, 93. Th., I, 180.

nas, y pidió sus vidas á la muchedumbre. Otros dos hubo que tenian la cuerda al cuello, y que iban ya á ser estrangulados, cuando se salvaron á esfuerzos de algunos individuos de las valientes guardias francesas, que volaron á estorbar su muerte, diciendo: “¡Libertemos á los guardias de corps, así como nos libertaron ellos en Fonteroy!” (1). En medio del frenesí de la muchedumbre, y de las atrocidades que sugería el espíritu de facción, grato es recordar cuan grande se ostentó por ambas partes, en aquellos momentos de peligro estremo, esa antigua generosidad que distingue á los militares franceses.

La conducta que desplegó la reina durante aquellos momentos de alarma, fué en alto grado admirable. A pesar de los tiros que se disparaban á las ventanas, se obstinó en asomarse al balcon para obtener el perdon de los guardias de corps que estaban en riesgo de ser inmolados por la enfurecida muchedumbre. Cuando M. Luzerne se empeñó en interponerse entre ella y el peligro, lo apartó con amabilidad diciéndole que á ella tocaba aquel puesto, y que el soberano no podría sobrellevar la pérdida de tan leal servidor. Poco despues pidió la plebe á grito abierto, que se asomase á la ventana; hizolo así acompañada de sus hijos. Inmediatamente veinte mil voces exclamaron: “¡Fuera los niños!” y la reina, mandándoles entrar, volvió á apare-

(1) Lac., VII, 238. Riv., 309. Th., I, 180.

cer sola, á presencia de aquella inmensa multitud de la cual esperaba por instantes recibir la muerte. Aquel noble desden con que veia el peligro que estaba corriendo su persona, calmó la furia del populacho; (1) y los numerosos aplausos que se le tributaban, probaban que era inminente el riesgo á que se esponia con tal entereza.

Los motores del tumulto resolvieron obtener alguna ventaja de su triunfo, haciendo que el rey y su familia se trasladasen á Paris, donde estarían bajo su dominio. Levantóse inmediatamente entre el populacho el grito de “¡Conduzcamos al rey á Paris! ¡Este es el único medio de asegurar el pan á nuestros hijos.” La Fayette persuadió al monarca á que accediese á los deseos del pueblo, pues este era el único medio de aplacar el tumulto; y, acompañado de él y de la reina, salió al balcón y aseguró á la muchedumbre que el soberano condescendia. La Asamblea, noticiosa de esta determinacion, acordó precipitadamente una resolución declarándose inseparable del rey, y que por lo tanto le seguiria á la capital. Hé aquí como el partido democrático consiguió por resultado de sus violencias, que se trasladasen los dos ramos de la legislatura á un punto donde era incontrastable su influencia (2).

Era el mediodia cuando se puso en camino pa-

(1) Riv., 112. Lac., VII, 241. Th., I, 182.

(2) Mig., I, 94, 95. Riv., 31. Th., I, 182.

Traslacion de la
real familia á Pa-
ris, Octubre 3.

ra Paris la real familia; cien miembros de la Asamblea acompañaban el carruage que la conducia. De nada sirvieron todos los esfuerzos de los representantes del pueblo, toda la influencia de La Fayette, para impedir que la muchedumbre, que iba al frente de la comitiva, llevase en triunfo las cabezas de los dos soldados de guardias de corps, degollados al pié de las ventanas del palacio. Los individuos que quedaban de aquella bizarra fuerza, casi en su totalidad heridos y entregados al mayor desaliento, caminaban en pos del carruage, en derredor del cual marchaban varias piezas de artillería tiradas por el populacho, y empujadas por mugeres frenéticas; no se oian sino canciones de triunfo, mezcladas de cantares revolucionarios. “¡Allí va el panadero, su muger y el aprendiz!” esclamaban las mugeres, señalando con irrisión al rey, á la reina y al delfin. Por todas partes se veian panes puestos á la estremidad de lanzas, y que mostraba el populacho como para hacer ver la abundancia que se esperaba habria, á consecuencia de la vuelta del soberano á la capital. El monarca, despues de una penosa caminata de siete horas, durante la cual tuvo que apurar gota á gota, las amargas heces de la humillacion, entró á Paris, cautivo de sus propios súbditos, y adornando el triunfo de sus mas encarnizados enemigos. Fué conducido á la casa consistorial, y de allí á las Tullerías, que desde aquel momento le sirvieron de palacio y cárcel (1).

(1) M g., I, 95. Riv., 322, 323. Th., I, 182. Lac., VII, 148. Burke, V, 142.

Tal fué el término que tuvo la primera época de la Revolución, periodo mas fecundo en sucesos memorables, que ninguno de los anteriores, desde la fundacion de la monarquía. Cinco meses hacia apenas, que se habia verificado la reunion de los Estados generales, y este breve espacio de tiempo habia bastado no solo para que quedase reducida á la nulidad la autoridad del soberano, sino aun para que se variase enteramente la organizacion social. El lugar del absolutismo estaba ocupado por una turbulenta democracia; habia sucedido á una tímida y deferente nobleza, una legislatura mal contenta, y al antiguo orgullo de la sangre, la insolencia que inspira un ascendiente recién adquirido. El derecho de diezmos, que es la institucion mas venerable de la Iglesia cristiana; los privilegios feudales, que eran contemporáneos de la primera conquista de la Galia por los secuaces de Clodoveo; las inmunidades de que gozaban ciertas corporaciones, las cuales se habian adquirido al precio de la sangre de los primeros defensores de la independenciam, todo habia venido por tierra. Habíase reconocido el principio de la libertad universal, habíase admitido que toda autoridad emanaba del pueblo, y se habia colocado el derecho á insurreccionarse, entre el mas sagrado de los deberes sociales. Habíase destruido el dominio del soberano, se habia ultrajado á su persona, se habia libertado con dificultad de ser asesinado en su propio palacio, y se encontraba

Vastos cambios que introdujo la Asamblea.

á la sazón en medio de su capital, cautivo y cercado de peligros. Cambios eran estos que apenas se pudieron efectuar en Inglaterra desde la época de Alfredo, y que sin embargo se consumaron en Francia en menos de cinco meses.

La esperiencia pudo haber enseñado á los motores de la revolucion francesa, que tan estremada precipitacion no podia dar por resultado sino desastres. Nada puede haber estable en la naturaleza, sino aquello que se hace con suma pausa; las flores de verano son tan efímeras como el calor que las produce; el roble, que tarda siglos en crecer, sobrevive á las épocas de la prosperidad y de la destruccion de los imperios. El dominio de Alejandro, cuyo origen fué obra de unos cuantos años, vino por tierra cuando todavía existian muchos de los que lo vieron levantarse; el imperio romano, que tardó algunos siglos en formarse, subsistió mil años. En vano queremos suponer que se pueden cambiar las costumbres de una nacion, que se puede alterar su carácter, con solo darle nuevas instituciones. No podemos dar á la niñez el vigor de la edad madura, con solo hacerla vestir el traje de la virilidad.

No se pone á la Asamblea constituyente al abrigo de la censura con decir de ella, que no cometió violencia alguna por sí propia; que la mas pura filantropia la indujo á adoptar una gran parte de sus medidas, y que al fin ella mis-

Escesiva temeridad que se tuvo en el hecho de introducirlos.